

Un momento de restauración

NARRADOR: HERMANO DAVID STENDL-RAST

LA CIUDAD DE NUEVA YORK NUNCA HABÍA VISTO NADA igual. Cerca de un millón de personas que se manifestaban contra la locura de las armas nucleares. Era 1982 y la Guerra Fría estaba en su apogeo. Las superpotencias continuaban su costosa y al parecer incontrolable carrera armamentista. Sin embargo, en medio de todo esto, centenares de miles de personas marchaban por la paz.

Los manifestantes desfilaron desde la sede principal de las Naciones Unidas hasta el Parque Central. Nos tomó medio día recorrer esos pocos kilómetros. Las multitudes con sus estandartes y sus bandas se movían con bastante lentitud, pero nosotros íbamos aún más despacio. Mi compañero de desfile, el monje zen vietnamita, Thich Nhat Hanh, me había pedido que hiciéramos de cada paso de la marcha una meditación por la paz.

Thich Nhat Hanh había sido líder del movimiento no violento en favor de la paz en Vietnam. Creía que un amor inteligente, visionario y altruista debía ser el fundamento de cualquier acción política. Luego de reunirse con él en 1964, Martin Luther King Jr. llegó a la conclusión de que el movimiento pro derechos civiles sería no violento y, en solidaridad con su nuevo amigo, el Dr. King dio el paso polémico de apoyar el movimiento contra la Guerra de Vietnam. Más tarde, cuando él nominó a Thich Nhat Hanh para el Premio Nobel de la Paz, dijo: «Sus ideas en favor

de la paz, si se aplicaran, construirían un monumento al ecumenismo, a la fraternidad universal, a la humanidad».

Nuestra silenciosa banda de monjes cristianos y budistas había salido con los primeros manifestantes, pero nuestra meditación ambulante se movía tan lentamente que grupo tras grupo fueron dándonos alcance y dejándonos atrás. Nosotros disfrutábamos de la multitud: la variedad de banderas y pancartas, los payasos rodeados de niños, los músicos y cantantes, y las madres llevando a sus niños en cochecitos, los Veteranos de Guerras Extranjeras, e incluso los perros canidre y los collies que portaban consignas de paz en sus lomos, y no olvidemos las Abuelas por la Paz y agrupaciones con máscaras y disfraces: uno por uno todos se nos adelantaron.

Finalmente, un policía nos advirtió amablemente que estábamos caminando muy despacio y nos sugirió un atajo. Nos pareció bien. Tomamos el atajo y nos encontramos de nuevo casi a la cabeza de la manifestación. Mientras grupo tras grupo de los que nos habían tomado la delantera antes volvían a pasarnos otra vez, la gente reaccionó con inesperadas risas y vítores.

Fue un día de puro júbilo. Nos sentíamos como una gigantesca familia de un millón de miembros y nos comportamos en consecuencia. En los noticieros de la noche de ese histórico día, el jefe de la policía de la Ciudad de Nueva York hizo una breve declaración y elogió a los manifestantes por haber limpiado todos los restos de basura a lo largo de la ruta, hasta las envolturas de chicle (goma de mascar), y admitió que él y sus amigos podrían no haber dejado su traspatio en mejores condiciones después de una parrillada. Y ésta había sido una fiesta para toda la ciudad: una

celebración del amor a la vida que une a todos los seres humanos.

¿Por qué no dejarlo en eso? ¿Por qué introducir una nota discordante en una canción festiva? Un grupo de Pax Christi compuesto por estudiantes de la Universidad de Columbia con quienes llegué a un acuerdo a la mañana siguiente habían batallado toda la noche con este problema. No sin dolor alcanzamos un consenso. Hay ocasiones en que es lícito olvidar por un rato lo que nos divide, pero en otras ocasiones debemos hacerle frente y resistir lo que nos separa. Sólo entonces puede producirse la restauración.

Este razonamiento determinó nuestro plan de batalla. En una acción directa no violenta íbamos a obstruir el acceso a la oficina de la delegación francesa ante as Naciones Unidas. Otros grupos iban a hacer lo mismo en las oficinas de los otros países que estaban manteniendo la carrera armamentista. Habría pues una confrontación, si bien de una forma festiva. Celebraríamos lo que compartíamos y lo compartiríamos aun con aquellos que estaban opuestos a nosotros.

Como símbolo de nuestro mensaje, trajimos pan para compartir: cestas de frescas y fragantes hogazas de pan horneadas en casa. En la pancarta que llevábamos en alto decía: «Pan, No Bombas» (Bread Not Bombs). Cantamos y oramos y partimos el pan, ofreciéndolo a la gente que iba camino a su trabajo. La mayoría llevaba prisa, pero algunos miraban a la pancarta y se detenían lo suficiente para compartir esta comunión.

Pronto una patrulla de la policía se adelantó y nos rodeó a la entrada del edificio. Nos pidieron que abandonáramos el lugar. Nosotros nos quedamos. «¿Quié-

ren ser arrestados?» preguntaron. «Queremos quedarnos aquí —dijimos—, aunque eso signifique ser arrestados». Ellos bajaron las viseras de sus cascos y agarraron sus garrotes. Nosotros nos arrodillamos y rehusamos movernos.

Esto era un cuadro bastante extraño, estas dos líneas de personas confrontándose mutuamente, cara a cara, a menos de un metro de distancia. En mi memoria esto ha llegado a ser como el cuadro de una danza: un movimiento de una extraña coreografía suspendida en el tiempo. Todo el movimiento se detuvo. Pasó una hora, luego otra. Cantamos. Rezamos el Padrenuestro en voz alta, una y otra vez: «danos hoy nuestro pan de cada día, y perdónanos... como nosotros perdonamos...». Pasó otra hora.

Para entonces ya nos habíamos puesto nuevamente de pie, ¡pero imagínense estar cara a cara con alguien por tanto tiempo! Llegamos a conocer los botones de esos uniformes con mucho más detalle de lo que jamás habíamos sabido de los de nuestros propios abrigos. Detrás de la visera que tenía frente a mí, podía ver los ojos de un joven: un puertorriqueño, supuse. En un contexto diferente, podría haber considerado esos ojos amables. Imaginaba a su madre mostrándole orgullosa a sus vecinos una foto de su hijo en uniforme. Pero ahora, yo me sentía como un hermano para él.

Pero ¿por qué no habíamos sido arrestados y conducidos al cuartel desde hacía horas? ¿Por qué esta parálisis? Después supimos que ese día se habían practicado más arrestos que nunca antes en la historia de la ciudad de Nueva York. Todas las camionetas de la policía e incluso los autobuses escolares habían sido utilizados para llevarse a los manifestantes. Cuando llegó nuestro turno, simple-

mente no quedaban vehículos para llevarnos a la cárcel. Ésta fue la razón práctica, pero una razón más profunda puede haber sido que estábamos esperando por un evento: un momento de restauración.

Muchos empleados de la legación francesa habían pasado por nuestro lado. Luego un caballero de pequeña estatura, de pelo canoso, que vestía un traje gris de tres piezas, se detuvo. Mirando la larga hilera de cascos que se enfrentaba a una igualmente larga hilera de cabezas descubiertas, pude ver la cara del hombre exactamente donde las líneas convergían. Al principio, miró con una expresión tímida a la fila de los manifestantes que se enfrentaban a la policía. Luego algo sucedió. Fue como si un alto voltaje se hubiera establecido entre los dos polos —para cerrarlos, no obstante sin tocarse— y, de repente, saltara una chispa. La cara del hombre se iluminó. Él leyó la pancarta, «Pan No Bombas», se quitó el sombrero, y valiente y orgullosamente tendió la mano. Tomó un pedazo de pan y se lo llevó a la boca, casi solemnemente, como si fuera la Santa Comunión. Parecía como si una voz interior estuviera diciendo: «váyanse en paz, su valor los ha restaurado».

Poco después de eso, la policía se quitó los cascos, estrecharon nuestras manos y simplemente nos dejaron irnos a casa. Uno de los agentes nos hizo la señal de la victoria. Pero lo que yo nunca olvidaré es el momento cuando el rostro del hombre canoso se iluminó: la victoria de su propia convicción privada y de su propia cura.

Tocar el momento presente es la puerta para todas las cosas.

THICH NHAT HANH

Su dádiva para los hambrientos puede ser pequeña pero encuentre cómo tener la mayor eficacia dirigiéndose a **Bread for the World** al 800-82-BREAD, o a la dirección electrónica bread@igc.apc.org, o e cibernsio en: <http://www.bread.org>.

Si quiere aprender a pensar correctamente con **Thich Nhat Hanh** asistiendo a un retiro o, si lo desea, recibir una lista de sus libros y cintas grabadas, diríjase a la **Community of Mindful Living**, en Parallax Press, P.O. Box 7355, Berkeley, CA 94707.